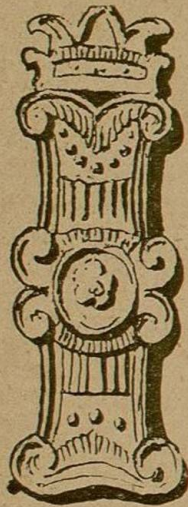


V

Literatura.



INDISPENSABLE es, previamente al estudio de las obras artísticas é industriales debidas á la mano de los antiguos americanos, fijar nuestra atención en las manifestaciones de su pensamiento, para establecer un lazo que una su personalidad con los productos de sus facultades intelectuales.

En éstos se manifiestan sus más internas disposiciones; en su florecimiento literario, abarcando bajo este concepto desde los rudimentarios cantos populares de júbilo ó tristeza, hasta aquellas composiciones elaboradas ya artísticamente, que sólo alcanzan los pueblos superiores, es donde podremos hallar los monumentos que nos pongan en contacto con lo más íntimo de su pensamiento y lo más constante de su natural carácter.

Refiriéndonos á los días de la invención del Nuevo Mundo para estudiar sus manifestaciones artísticas de la palabra, tal cual se encontraban en aquel tiempo, tendremos que aplicar nuestra atención tanto á lo que hoy llamamos el *folk lore* propio de las tribus más atrasadas é inciviles, como á la verdadera literatura, alcanzada en buen grado de relativo mérito por las más cultas que aparecieron como poseedoras de la superior civilización americana.

El canto de guerra; el coro popular acompañado del baile; el himno religioso, de adoración al sol ó al ídolo más venerado,

es propio y se encuentra hasta entre las gentes de rudimentaria cultura en el suelo americano; pero esto mismo, perfeccionado y avalorado por la inspiración poética, lírica, épica y hasta dramática, sólo lo vemos florecer entre aquellos otros pueblos superiores, que nos han de admirar también con sus monumentos arquitectónicos y sus artes suntuarias.

Fácilmente se comprende que aquellas tribus más degradadas, que aquellas gentes que hemos visto llevar una vida completamente nómada, y que al despertar ignoraban dónde se entregarían al sueño á la noche siguiente, habrían de ofrecer escasos ejemplos de producción poética: de aquí la falta absoluta entre ellos de tradiciones ni recuerdos que se relacionen con la estética del pensamiento en casi todas las razas del extremo Sur y Oriente, allí donde hemos visto los pueblos más primitivos é inferiores americanos; nos es, pues, extraño que D. José H. Figueira, en su libro sobre *Los Primitivos habitantes del Uruguay*, califique en el cuadro sinóptico de su estado social á los *charruas* y *minuanes* de gentes «sin danzas, ni fiestas, ni cantos, ni instrumentos músicos», sin nada, en fin, que amenizase de algún modo su existencia miserable, al igual por esto que las restantes tribus más inferiores.

De otras menos salvajes, de aquellas que componen la gran masa de población en los continentes americanos, han llegado hasta nosotros restos de su inspiración popular, cantos y recitados, que toman su origen, sin duda, en antiquísimos modelos fielmente conservados por la tradición oral entre ellos.

Los géneros literarios no podían, sin embargo, ser allí muy numerosos, ni abarcar más de lo que sus necesidades, apenas sociables, requerían, quedando como todo lo popular en estado rudimentario. Poco valor adquieren sus cantos religiosos, los primeros en tomar la forma métrica en todos los pueblos, para adaptarse á los salmodias del culto; de los guerreros vemos mayor desarrollo; las canciones romancescas, que deben al recuerdo heroico su inspiración, adquieren más importancia, sin faltar géneros en prosa, como la oratoria, considerando todos ellos cual ser superior á la persona dotada de natural elocuencia.

La forma de estas manifestaciones aun primitivas del pensamiento, es siempre ruda y poco variada, pero préstale esto mismo cierto interés, como todo lo que deja vislumbrar posteriores florecencias derivadas de sana y vigorosa cepa.

Pocas muestras de cantos y salmodias religiosas nos han dejado las primitivas razas americanas, pero podemos asegurar que las endechas funerarias han prevalecido entre todas ellas, llegando á obtener en alguna la forma de verdaderas recitaciones poéticas. En el *libro de los ritos de los Iroqueses* se encuentran ejemplares de éstas. Tales hombres, que tanto pertenecen por su historia á la América pré como á la post-colombina, han dejado muestras muy valiosas de su estro poético en sus cantos, traducidos por Mr. Horatio Hale y comentados por Brinton (1) que cree contengan las auténticas tradiciones, vivas entre ellos desde antes de la conquista. Allí podemos conocer muchas de sus ceremonias, cantos, plegarias, fórmulas y arengas, transmitidas con esmero de generación á generación.

Del tupí también nos quedan abundantes cuentos mitológicos, coleccionados en número de más de ciento por el Doctor Couto Magalhaes, habiendo recogido aún más el profesor Charles F. Hartt.

Pero el canto por excelencia de estas gentes aborígenes, extendido con pequeñas variantes por todas ellas y ampliado después entre las más cultas, es el que Fernández de Oviedo nos dió á conocer primeramente por su nombre de *areito*, del verbo *arauak*, recitar, con que ha sido después siempre designado. Este cantar, tan semejante á los infantiles nuestros, coreados en rueda que repite el verso dictado por el que lleva la voz cantante, fué el más entonado por las gentes americanas. Los cantos de Dakota recogidos por Riggs, los de Chippeway de los californianos, y tantos otros, son verdaderas especies de areitos, al igual de los oídos por Oviedo en la isla Española (2).

(1) Tomo II de su *Library of aboriginal American Literature*.

(2) V. Fernández de Oviedo.—*Historia Natural y General de las Indias*, tomo I, pág. 27.

Los mismos veremos más exornados entre los aztecas, quichés, mayas y tantos otros pueblos de superior cultura, formando el recitado de sus bailes más solemnes tradicionales ó religiosos, en los que se dibujan ya las formas dramáticas.

En el Yucatán el *pochot*, muy vivo, era el baile de los novios y el *zayio tapir*, más reposado, lo ejecutaban los viejos llevando en la mano un ramo ó palma. A las fiestas de Quetzalcohalt, que se celebraban en Cholula, la ciudad más adoradora de este numen, animaban mucho los cantos y bailes populares, y entre los peruanos ocupaban también estas canciones preferente lugar en muchos casos. A su tradición debemos, sin duda, las estrofas llamadas *yaravies* de Quito (1) en sus variedades de *masalla* ó nupciales, cantados por los padres de los recién casados á manera de consejos, y los *albalitos* con que los amigos despertaban á los novios al día siguiente de la boda, más otros de distintas clases.

Pero donde el *Folk Lore* encuentra hoy mayores riquezas arcaicas es entre los pueblos del Arizona, tan dados á la celebración de fiestas, amenizadas todas con pintorescos bailes y canciones, que obtienen un valor mágico en las ceremonias religiosas, y para cuya trascripción se han utilizado ya los adelantos del fonógrafo (2). Tales cantos, al igual que sus ritos, revisten un carácter védico marcado; como muestra veamos el de la lluvia entre los Sia:

Hen'-na-ti XI-wan-na
He' äx XI-wan-na
Pur'-tu-wix-ta XI-wan-na
Kow'-mots XI-wan-na
Ka'-char XI-wan-na

que podemos traducir: Nubes
cual máscaras blancas pasad
por el pueblo: Nubes regando
pasad por el pueblo: Relám-
pago pasa por el pueblo: Arco
iris pasa por el pueblo: La llu-
via caiga por el pueblo.

(1) Recogidos por D. Marcos Jiménez de la Espada, presentados al Congreso de Americanistas de Madrid de 1884 y publicados en pentagrama por D. José Ynzenga.

(2) Véanse algunos en el *Journal of American Ethnology and Archeology*. Vol. I, pág. 65.

Véase otro de estilo aún más védico que viene á decir: Sacerdotes del pruche del Norte: sacerdotes (ó dioses) del pino del Este: dioses del roble del Sur, dioses del álamo del Oeste: dioses del cedro del zenid: dioses del roble del nadir: enviad todos vuestros pueblos á trabajar para nosotros y que las aguas de los seis grandes manantiales del mundo impregnen á nuestra madre la tierra para que nos dé los frutos de su ser (1).

Aún pudiéramos dar mucha mayor extensión al estudio de estas manifestaciones del *Folk Lore* americano; si á las dichas añadimos las imprecaciones al comienzo de todo trabajo; las fórmulas con carácter piadoso empleadas en el ejercicio de las profesiones, diferentes y propias de cada una, como los conjuros de los parteras aztecas al lavar los niños recién nacidos; las fórmulas para espantar los animales dañinos ó contrarrestar la mala ventura, para neutralizar las fortuitas coincidencias, y tantas otras, comprenderemos cómo en la antigua América la superstición dominó á todos los espíritus y cómo la ignorancia apeló á tan pueriles medios contra toda malandanza (2).

Entre los pueblos más adelantados encontramos ya manifestaciones de carácter y redacción completamente literaria; los más amplios horizontes de su existencia y la necesaria perfección de los cantares primitivos, les hacen aplicarse al cultivo de muy distintas direcciones de su pensamiento, dibujándose ya entre ellos con bastante separación los diversos géneros literarios. El himno religioso, el canto guerrero, el legendario, de amor, elegiaco, báquico y hasta el teatro, se manifiestan y cultivan por casi todos ellos, mostrando además atención y respeto grande á la oratoria, á las ciencias y á la consignación histórica de sus empresas.

Los hombres de letras adquieren entonces gran estima;

(1) *Annual Report of the Bureau of Ethnology*, 1889-90, pág. 123.

(2) Veáanse los curiosos exorcismos y conjuros que trae el P. Hernando Ruiz de Alarcón en su tratado de las *Supersticiones, costumbres etc.* (1629) publicados en el tomo V de los *Anales del Museo Nacional de México*.

recompénsanse con crecidas sumas sus servicios; ocupan asalariadas plazas en los templos y los palacios; los *Holpop* ó directores de los cantos conservaron el respeto popular por mucho tiempo después de la conquista, y los oradores obtuvieron siempre la admiración de sus dotes y escalaron por ellas elevados puestos.

Al repasar á la ligera estas manifestaciones literarias, tenemos que empezar necesariamente por los Toltecas, que siempre aparecen abriendo la marcha de la civilización en el Nuevo Mundo. Entre ellos encontramos la noticia del libro más antiguo americano, aunque la pérdida del original primitivo haya sido lamentada por todos los autores. Titulábase tal obra el *Teoamoxtli*, ó sea el libro divino, ó de las diversas cosas de Dios, especie de *Sutra* americano, debido, según Alba Ixtlixochitl (1), al astrólogo Huenatzin, muerto de edad de casi trescientos años, «el cual antes de morir juntó todas las historias que tenían los Toltecas desde la creación del mundo hasta en aquel tiempo y las hizo pintar en un libro muy grande, en donde estaban pintadas todas sus persecuciones y trabajos, prosperidades y buenos sucesos, Reyes y señores, leyes y buen gobierno de sus pasados, sentencias antiguas y buenos ejemplos, templos, ídolos, sacrificios, ritos y ceremonias que ellos usaban, Astrología, Filosofía, Arquitectura y demás Artes, así buenas como malas, y un resumen de todas las cosas de ciencia, sabiduría, batallas prósperas y adversas y otras muchas cosas; é intituló este libro llamándolo *Teoamoxtli*, que bien interpretado quiere decir *diversas cosas de Dios y libro divino*,» y añade: «los naturales llaman ahora á la Sagrada Escritura *Teoamoxtli*, por ser casi del mismo modo, principalmente en lo de las persecuciones y trabajos de los hombres». Debió ser este *libro divino*, esta *biblia* y enciclopedia de todo el saber de las gentes emigrantes, veneradísimo y acatado por cuantas conservaron la memoria de su origen extranjero, y en él podemos considerar compendiada la sustancia de la cultura americana precolombina. Convienen ciertos datos para suponerlo traducido á otros dialectos, pues

(1) *Historia Tolteca*, tomo I, pág. 31.

según Humboldt, existía ejemplar de él en el Yucatán en lengua maya, y Boturini también nos dice que tenía otro en nahualt, ilustrado con figuras y símbolos, y con versión española, de paradero hoy desgraciadamente ignorado. No creemos, pues, desposeído de algún fundamento el suponer que debió proporcionar aquella obra conceptos para el *Popol Vuh* en quiché (1) y para algunos del *Chilan Balam* en maya, pues en todos ellos existen ideas semejantes, que hacen entrever un común origen. Aunque nos falten otras memorias no debieron limitarse á esto los productos literarios de los fundadores de Tula: todavía se habla de leyes vueltas á poner en vigor por sus descendientes los Reyes Acolhuas ó de Tezcuco, en cuyo imperio encontramos un frondoso renacimiento de la cultura, al que van unidos los nombres de los más eximios vates americanos.

La invasión Chichimeca implantó antes su dominio entre los pueblos del Anahuac, dando lugar á un imperio del que se enorgullecían descender muchos de aquellos mejicanos, entre ellos Alba Ixtlilxochitl, cuyas memorias fueron recopiladas por este célebre historiador, conforme á los anales de los autores «que se decían el uno Cemilhuitzin y el otro Quauhquechol» como explícitamente declara el mismo (2), transmitiéndonos así tan importantes nombres.

Entendemos hallarse suficientemente esclarecido que las dos grandes estirpes que se disputaron la posesión del Anahuac, fueron la de los toltecas y los chichimecas, ó *mecas* en general: los cultos emigrantes y los bárbaros invasores; estos últimos destruyeron en su primer empuje el imperio de los toltecas, que, renaciendo luego con el nombre de Acolhuas en Tezcuco, consiguen de nuevo un gran florecimiento literario, gracias principalmente, á los superiores dotes de su gran Rey Nezahualcoyolt.

Preséntasenos este soberano como la más interesante figura

(1) El abate Brasseur de Bourbou suponía ser los dos primeros libros del *Popol Vuh* una traducción literal del Teoamoxtli.

(2) *Historia Chichimeca*, II, cap. 29.

de la América precolombina. Despojado del trono de sus padres por los bárbaros tepanecas, perseguido y errante, pero al cabo victorioso restaurador de su reino, imprime á todos sus actos y dichos aquel superior criterio de su genio ilustrado por la propia experiencia. El pensamiento de la inestabilidad en las cosas humanas preside á todas sus determinaciones; cuéntase que al construir sus más suntuosos palacios hizo dejar pendientes de las vigas las cuerdas con que las habían trasportado «para que pudieran llevarlas mejor los que más tarde habrían de destruirlos», y así las llegó á ver Alba Ixtlilxochitl. A la inauguración de estas fastuosas moradas se cantaron himnos compuestos por el propio Monarca.

En el Xompancuicatl, ó *canto de la primavera*, que se entonaba en los convites y fiestas inaugurales de sus palacios, había uno que empezaba: Tlaxoconcaquican hami Nezahualcoyotzin, etc..... y que Alba nos trascribe en los siguientes términos: Oid lo que dice el rey Nezahualcoyotzin, con sus lamentaciones sobre calamidades y persecuciones que han de padecer sus reinos y señoríos. Ido que seas de esta presente vida á la otra, ¡oh Rey Yoyontzin!, vendrán tiempos en que serán deshechos y destrozados tus vasallos, quedando todas tus cosas en las tinieblas del olvido: entonces de verdad, no estará en tu mano el señorío y mando, si no en la de Dios. Y *entró dijo* (1) entonces serán las aflicciones, las miserias y persecuciones que padecen tus hijos y nietos; y llorosos se acordarán de tí, viendo que los dejastes huérfanos en servicio de otros extraños en su misma patria Acolihuacan; porque en esto vienen á parar los mandos, imperios y señoríos, que duran poco y son de poca estabilidad. Lo de esta vida es prestado, que en un instante lo hemos de dejar como los otros lo han dejado; pues los señores de Zihuapantzin, Acolnahuatcatzin y Quauhtzontezoma, que siempre te acompañaban, ya no los ves en estos breves gustos.

Otro notable canto profético de inauguración fué el que compuso en la del templo mayor de Tezcuco al idolo Huitzilo-

(1) Sin duda errata.

pochtli; entonces dijo: «En tal año como éste, se destruirá este templo que ahora se extrema. ¿Quién se hallará presente? ¿Será mi hijo ó mi nieto? Entonces irá á disminución la tierra y se acabarán los señores; de suerte que el maguey siendo pequeño y sin sazón, será talado: los árboles siendo pequeños darán fruto y la tierra defectuosa siempre irá á menos: entonces la malicia, deleites y sensualidad, estarán en su punto, dándose á ellos desde su tierna edad los hombre y las mujeres y unos y otras se robarán las haciendas. Sucederán cosas prodigiosas, las aves hablarán, y en esté tiempo llegará el árbol de la luz y de la salud y sustento. Para librar á nuestros hijos de estos vicios y calamidades, haced que desde niños se den á la virtud y trabajos (1).»

Mucho se ha discutido sobre la autenticidad y fiel traducción de los cantos del soberano acolhua, pero aunque las versiones que han llegado á nosotros, gracias á D. Fernando de Alba y á Granados y Gálvez, no sean rigurosas traducciones literales, siempre habrá que creer en el concepto general de tales elegías, pues sus pensamientos y estilo poético nos dan aún suficiente idea de su carácter, sin que haya nada que se oponga á la aceptación de su pasada existencia.

Las predilecciones literarias del insigne Emperador influyen poderosamente en el verdadero florecimiento literario que ocurre en su reinado: en sus leyes y en las descripciones de sus palacios, se hace referencia al Consejo de músicas y ciencias «donde se guardaban las leyes convenientes á este Consejo». Veitia nos cuenta que al celebrado en Tezcuco, cuando regía el trono Acolhua el sabio Emperador Nezahualcoyotl, acudían las tres cabezas de la federación, en ciertos días del año, á oír cantar las proezas heroicas antiguas y modernas para instruirse en toda su historia (2): citan también todos los autores el caso del Sr. de Otampan, que, acusado de traición, preparó su defensa en verso, con cuyas bellezas, con-

(1) *Historia Chichimeca*, II, cap. 47.

(2) En la obra original de Pomar se hallan algunos de estos cantos, aún sin traducir.

movido el Emperador, otorgóle todo su perdón. Aún se cuenta como ejemplar de elegía la despedida del anciano general Quauh-Quahu-Izia de su joven esposa, al cabo mujer de Nezahualcoyolt, por muerte de su marido en campaña, caso por el cual ha sido llamado el Emperador Acolhua, el David americano.

El florecimiento literario de los tezcucanos no fué sólo poético; las producciones en prosa obedecieron también á las necesarias aplicaciones para su vida, ya complicada. Las leyes ú ordenanzas del gran Emperador fueron objeto de esmerada redacción, y de sus archivos históricos nos hablan á cada paso sus historiadores, desgraciadamente destruidos cuando la conquista, aunque se salvaron algunos de sus volúmenes, como el *libro de los tributos*, donde aparecen perfectamente determinadas las distintas producciones con que cada región contribuía al fisco en especies.

No se distinguen tan claros entre los acolhuas los recuerdos del teatro, de los que veremos en breve manifestaciones completas entre otras gentes, pero aún notamos al final de aquellos tiempos á las gentes chichimecas recibiendo por contacto con los civilizados nahuas su cultura y prestándonos algún destello de su estro, como el llamado *Canto de Mercaderes*, que, según Alba, decía: «¡Oh naciones Acolhuas! yo soy aquel Chichimeco que fui prosiguiendo con mi rodella triste y pensativo adonde tengo de ir á perderme ó volver con bien, aunque con trabajos y guerras. Llegué á la provincia de Tlapalan, etc.»

El genio literario de los nahuas no se apagó por completo con la conquista: aún destelló dirigiéndose principalmente á sus recuerdos y á ellos debimos las mejores noticias sobre su pasado, pues como dice Alba..... «Autores son de todo lo referido y de lo demás de su vida y hechos los Infantes de México, Ilzoatzin y Inhcozcatzin, y otros poetas é históricos en los anales de las tres cabezas de esta Nueva España, y en particular de los anales que hizo el Infante Quanklatzaucailotzin, primer señor del pueblo de Chiauktla, que comienzan desde el año de su nacimiento hasta el tiempo del gobierno del Rey Nezahualpiltzintli, y asimismo se halla en las relaciones que

escribieran los Infantes de la ciudad de Tezcuco, D. Pablo, D. Toribio, D. Hernando Pimentel y Juan de Pomar, hijos y nietos del Rey Nezahualpitzintli de Tezcuco y asimismo el Infante D. Alonso Axayacatzin....»

Pero quien nos presenta más palpable la mezcla de ambas razas pobladoras de la comarca de la gran laguna, son los aztecas: los antiguos mexicanos nos ofrecen la más completa amalgama de elementos cultos y salvajes que se puede hallar en el Nuevo Mundo; tantas instituciones, recuerdos y tradiciones encontramos en ellos derivados de las ciencias toltecas, como resabios y arraigadas notas de salvajismo imborrable, lo que se refleja claramente en su producción literaria, abundantísima y más completa en sus géneros que las que hemos visto hasta ahora.

Desde luego, los himnos tenían que jugar importante papel en sus ceremonias religiosas, y nada menos que de veinte nos daba cuenta el P. Sahagun en el índice del libro segundo de su gran obra, sensiblemente suprimidos después en el texto, y que debían corresponder al interesante epigrafe de *Cantares que se hacían en honra de los Dioses en los templos y fuera de ellos* (1).

Estos eran: El cantar que se decía en las fiestas de los dioses Witzlopuchtli, Haluc Feteunina, Chimalpanecatli, y Tlaltecamanotli, Ixquoianhgui ó dios del fuego (Agni), Miscoutli, Suchipilli, Luchiquetzal, Amimit, Otumteutli, dios de los Otomies; Aiopectli, Cioacoutli, el de la fiesta de los ocho años; el de la fiesta de Xippe, de Chicomaoutli, de Totochti, dios del vino de Atlaoa; Macuitzuchitl y Yacatecutli, dios de los mercaderes, representado por sus bastones de viaje (2).

Estos debían ser los cantos cuya composición y conservación corría á cargo de los *cuicapagui*, ó compositores de himnos divinos en los templos, por los que recibían crecidos sueldos, y estos debían ser los que al decir del incomparable Sahagun

(1) Algunos de ellos parece ha llegado á poseer en su colección el Sr. Chavero.

(2) M. S. de la Academia de la Historia.

enseñaban á los hijos de los nobles entregados al Cahuecac ó colegio sacerdotal ó sean «los versos de canto para cantar que se llamaban cantos divinos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres» (1). *Cuicani* llamaban al poema, del verbo *cuica*, cantor y *cuica-pagui* á los poetas, es decir hacedores de cantos.

Brinton nos da la lista de las especies de cantos que debieran tener los aztecas, deducida de las citas de los distintos autores, según las cuales aquellos serían (2):

El *malahuamicatl*, ó canto de ocasión, ó del hecho reciente.

El *xopancuicatl*, ó canto recordatorio, ó conmemorativo.

El *tencuicatl*, ó canto de alabanza personal, ó encomiástico.

El *xochicuicatl*, ó canto de las flores.

El *icnocuicatl*, ó canto de conmiseración, verdadera elegía.

El *noteuhcuicaliztli*, ó el canto de mi señor.

En la misma obra nos presenta veintisiete composiciones últimamente descubiertas, interesante muestra de lírica nahual, algunas otomies, y entre ellas la más valiente de *Huezotzinco*, ó *elegía del esclavo*, recitada en casa del Gobernador de Azcapozalco, D. Diego León, en 1591, al compás del tambor que sabía tañer D. Francisco Plácido (3). Si bien se descubre en ellas una redacción á raíz de la conquista, aún se ve en todas destellar el estilo de los vates precolombinos. También fueron objeto de inspiración elegiaca los *miccacuicatl*, ó cantos funerarios, entonados en las exequias mortuorias en elogio del difunto, tanto más encomiásticos cuanto mayor era la categoría del honrado. Acompañadas todas aquellas canciones de la música y el baile tuvieron que someterse al necesario metro para conseguir el ritmo, obtenido por la cantidad de las sílabas, que en nahual fueron, en razón á sus vocales largas, breves, intermedias y sincopadas (de *saltito*). Para el acompañamiento musical contaron con pocos recursos los

(1) Sahagun, *Historia*, libro III, pág. 8.^a

(2) *Ancient Nahual Poetry*, por G. Brinton.—Philadelphia, 1887, página 14.

(3) Brinton.—*Ancient Nahual poetry*, pág. 22.